

Binarismo y <ver> como dispositivos narrativos en “Chaco” de Liliana Colanzi

José Delgado Costa
Ohio University
USA

Ponencia presentada en el *Congreso Internacional de Literatura y Estudios Hispánicos* en Lima, Perú (marzo, 2020) con el título:
“Dos recurrencias temáticas en ‘Chaco’ de Liliana Colanzi”.

Introducción

Entre corrosivo y seductor, “Chaco” —de Liliana Colanzi— abarca diversos temas. Mi listado amasa, por ejemplo: la ecocrítica, la cosmogonía indígena, la violencia, el homicidio, la sexualidad, la memoria perseguida, lo inexplicable como alteridad a las reglas cartesianas, así como justicia y ajusticiamiento. Otro cómputo demuestra la estrategia de privilegiar representaciones geofísicas como el agua (en forma de río, poza y nubes), así como el viento y el cielo. Acompaña a la base geofísica una constante zoológica la cual se extiende a la animalización de los personajes. Unidos, territorio y zoografía reafirman el impulso destructivo. De ahí que lo geográfico—en forma de pueblo, paraje y ruta—enlazado a lo zoológico—en forma de animalizaciones simbólicas—contrapuntean con lo enigmático—en forma de maleficio—cuyos mondongos se cuecen aderezados entre la verosimilitud y lo sobrenatural. En última instancia los señuelos narrativos de “Chaco” retan al lector a decidir entre estado psicológico o precepto folklórico como mecanismo de venganza contra el homicida. Para referirse a ello este trabajo se centra, primero, en la simetría binaria del cuento y, luego, en el verbo <ver> como dispositivos de la narración para desde allí iluminar sucesos centrales a la multiplicidad de temas.

Sinopsis

El cuento reza de esta forma: Tevi—un joven bastardo homosexual, hijo de la tartamuda María y nieto de Arsenio; un alcohólico arrepentido de haber asistido años antes en el pillaje territorial contra sus vecinos matacos (antropónimo peyorativo contra la nación wichís)—narra cómo asesina con una piedra, por sentirse ignorado, a su objeto del deseo, un igual de alcohólico mataco. Sea por hechizos, sea por un paralelo cargo de conciencia, Tevi es poseído por el deseo de venganza homicida del wichís. Embrujado, transformado el joven de tímido a conversador, el aborígen cobra, punitivo, la injusticia perpetrada contra él. Su mente subyugada, Tevi comienza a entender la—hasta ahora—foránea cosmovisión y tristeza del mataco; mas no el final deseo de venganza, vedado—de forma astuta—por el nativo. Por tal razón, un día de fiesta con “riña de gallos”, irritado el abuelo por haberse enterado de que Tevi ha estado hablando como si fuera un mataco “su nieto cuenta que cuereó a un jaguar y se comió su crudo corazón” (Colanzi, 84)—reparo que, de paso, aflora la atormentada huella alcohólica del abuelo—Arsenio vilipendia a Tevi tildándolo de “flojo, marica, mentiroso” (Colanzi, 85). Ese el motor del conjuro mataco, el muchacho asesina a su abuelo con la misma piedra con que mató al wichís y había guardado. Venidos a menos a raíz de la muerte de Arsenio, Tevi y María pasan una temporada en casa del chismoso Colla Vargas. Obligados por la pobreza a compartir el lecho nocturno, donde emergen, o constantes asedios de posesión maléfica, o turbaciones psicológicas que exponen al asesino, la madre abandona a su hijo. Desligado de todo nexo familiar en Aguarajase, su pueblo natal, Tevi se da a la ruta. En medio de ella consiente a un encuentro sexual con un repulsivo camionero quien, poco después, se detiene en casa de una de sus amantes. En lo que espera, Tevi sale a “dar una vuelta por el sendero detrás de la casa” (Colanzi, 89). Cerca de allí, en una hedionda poza de aguas calientes, el joven asusta a un pulpo que, entre sus tentáculos, tiene apresado a un cachorro de zorro. Liberada la víctima, en ese momento, como en crescendo, Tevi, ya auto concebido por el conjuro de la posesión como un <nosotros> en vez de como <yo>, experimenta dos sucesivos encantamientos. El primero relata la historia de tres cazadores quienes como resultado de una sequía son encomendados a abastecer a la comunidad mas, por glotones, no comparten su trofeo y, una vez aprehendidos, son ajusticiados y consumidos de forma caníbal por su propia colectividad. En la subsiguiente encan-

tación, de vuelta en la casa, Tevi se embelesa por la suerte mongólica de uno de los dos hijos del camionero a tal punto que se dispone a matar. Solo la abrupta irrupción en escena por parte del padre camionero impide el acto asesino. Ya inseparable en equivalencia al mataco, apenas llegado “al anochecer” a la ciudad de Santa Cruz; sea por el hechizo vengativo del wichís, sea por constantes cargos de conciencia Tevi, suicida, se deja atropellar por un auto. En los acontecimientos de la secuencia final, construida como una plácida ensoñación en cámara lenta, el muchacho ve, al fin y, con sosiego, en el conductor del auto que lo arrolla, al hermoso “Salvador” de “tus sueños” (Colanzi, 92), como le recuerda la última intervención de la voz del mataco. Esposado a su improbable ilusión, acogiendo la oscuridad, Tevi accede a la muerte.

Simetría binaria

“Chaco” sobresale por una variada temática que alude a un mundo degradado. Junto a alusiones atmosféricas y zoológicas acopladas a prácticas humanas, se sortea —entre lo irreal e insólito— la brutalidad, la degradación ambiental, el abuso, el desbarajuste emocional, la sed de venganza, anhelos ilusorios y la voluntad suicida. Hilvanadas, tales suertes develan que el meollo del cuento viene a ser un ajuste de cuentas encarnado en la disyuntiva del protagonista, quien ha perdido rumbo y alma. Como parte de ese paralelismo, “Chaco” entreteje, sea mediante imágenes de consonancia o de oposición, una red binaria que entrelaza—naturaleza y conducta—de los personajes. Ofrezco los siguientes diez ejemplos. 1. El remordimiento del abuelo, fundado en la violencia que ayudó a efectuar contra los wichís, hace eco en el nieto asesino de un aborigen. 2. Si la tartamudez de María contrasta con la labia de Tevi una vez es poseído por el mataco, a la vez remite a la locuacidad de la madre cuando se enamora del infame vendedor de ollas que la embaraza. 3. La experiencia sexual de Tevi con el viejo camionero es antitética a la ilusión del joven de encontrarse con “Salvador”, el hombre de sus sueños. 4. Que Aguarajase, el pueblo natal, signifique “Los zorros lloraban del otro lado de la carretera” (Colanzi, 83) alude a cómo el mataco, ahora muerto llora—desde el “otro lado”, el más allá—el agravio perpetrado contra él. 5. Por extensión, mediante el empleo metafórico del zorro deducimos que los tentá-

culos del pulpo que apresan al cachorro de zorro son el afán de justicia del mataco y que Tevi, embrujado, es como el cachorro. 6. Si Tevi mata dos veces con una piedra, una vez el mataco toma posesión de él, termina “escuchándonos y tirando piedras en la poza”. (Colanzi, 91). 7. La encantación que narra la trasgresión, detención y castigo de los tres cazadores sugiere una lectura alegórica que alude a los tres protagonistas del cuento—Arsenio, Tevi y el mataco—quienes, de manera figurada, repiten una misma historia. 8. Un doble uso de la imagen “Al atardecer”—el primero para subrayar una crisis ecológica, el segundo para augurar la cercana muerte de Tevi—recalcan la óptica del atropello. 9. De la misma manera en que una doble mención del jaguar—la primera para recordarle al viejo sus crímenes; la segunda para relacionarlo al potencial asesinato del mongólico—embuten al relato en acciones predatorias. 10. Sujetos de un ambiente degradado, la víctima se convierte en victimario.

La simetría de estados psicológicos como el arrepentimiento, el deseo, el desagravio y el escapismo, sujetos tanto a imágenes terroríficas como a parábolas que echan luz sobre el principal motivo del mataco, reflejan la exigua integridad de los personajes. Por tal razón, cual paralelo, en “Chaco”, todos pagan algún tipo de castigo. Paga Arsenio por su complicidad contra los wichís, pagan la fauna y la flora por el abuso industrial que sufren, paga María por su indiscreción amorosa, paga el mataco por su adicción y desatención, pagan los cazadores por su egoísmo y, paga Tevi por sus dos crímenes.

Ver

Indispensable en el armazón de “Chaco”, la acción de <ver> principia acontecimientos imposibles de obviar. Un conteo detallista ofrece cerca de veinte momentos en donde <ver> tercia en los fundamentos de la trama. Consciente de tiempo y espacio, me centro en los siguientes seis los cuales subrayo en la página y en la inflexión.

1. El hecho de que el nombre del protagonista sea Tevi (Te vi, si rompemos el diptongo y cambiamos la inflexión), me parece sugerente. Revelador, es que apenas comienza la narración, el abuelo mira con rabia y amenaza con el bastón. Sugestivo igual, es que Tevi prefiere desinteresarse de Arsenio “mirando por la ventana” (Colanzi, 81). Asi-

mismo, por mala interferencia, en la casa solo ven puntitos en la tele y, por las noches el viejo está tan borracho que “no nos reconocía” (Colanzi, 81). Asimismo, que el mataco tome posesión mental de Tevi lo convierte en interlocutor. De ahí que el aliterativo retruécano <Tevi/Te vi>; igual concierta con María por ser ella una de dos quienes disciernen la infracción homicida del joven. Aun cuando con temor—“el labio de arriba le temblaba” (Colanzi, 87)—la madre interroga a Tevi sobre la muerte del abuelo, éste miente: “Estaba mirando tele, dije.” (Colanzi, 87). Así, rabia, amenaza, escapismo, negación y posesión muestran el vacío emocional que sufre el narrador. Por extensión, el reincidente abismo de afectividad articula las consecuencias negativas que estrangulan todo indicio de compasión. En, “Chaco”, el abuso manda. 2. La maldad que en última instancia devora a Tevi parte del hecho de que la tierra está enferma a raíz de la construcción de una petrolera llamada la Viborita. Nombre irónico cuando se piensa que “en ese lugar un cazador de taitetuses [jabalí] encontró petróleo mientras cavaba un pozo para enterrar a su perro, picado por la víbora” (Colanzi, 82). Una fatídica picada de víbora genera <ver> depósitos de petróleo que en Aguarajase desatan tanto el abuso social como el ambiental. En consecuencia: “sacaron a los matacos a balazos”, violaron a “las hijas de los misioneros suecos” [...] “el río se enojaba cada año”, hay “nubes tóxicas provenientes de la fábrica de cemento” [...] “al atardecer esas nubes resplandecían con todos los colores. El que no estaba enfermo de la piel, estaba enfermo de los pulmones. Mamá tenía asma y cargaba por todos lados un inhalador.” (Colanzi, 82-83). Por ende, en “Chaco” agentes naturales como el viento, el río, la víbora, las nubes y la piedra operan como antagonistas. Por consiguiente, el apocalipsis ambiental establece binaria función con las conductas tóxicas de los personajes. Comparten así, justa medida de poderes. Si los humanos profanan al medioambiente, este envilece a los humanos. 3. La reincidencia con “ver” se agranda cuando Tevi <ve> al mataco tirado en la carretera. Envisiado, “alto, grande” (Colanzi, 83), al aire libre los genitales, el joven ansia “que el mataco se fijara en mí” (Colanzi, 83). Ignorado por el wikís, el muchacho no tolera lo que piensa es una desobediencia, la cual cobra matándolo de una pedrada. En este caso, un deseo no correspondido un, no <ver> entendido como desacato, motoriza tanto el crimen como el eventual castigo. Transpuesta la fechoría, ésta se efectúa mediante sucesivos actos de violencia a través de los cuales—como picoteos en riña de gallos—el mataco

subyuga a su asesino. “Vi todo rojo, vi todo caliente de la rabia. El mataco adivinó mi corazón: Esperá, no te apurés; yo te voy a avisar cuando sea tu tiempo”. (Colanzi, 85). La venganza expande el círculo de violencia donde víctima y victimario sufren un final acorde.

4. El viaje que Tevi emprende junto al caminonero igual señala e impone la pujanza de <ver>. Capital, es que Tevi renuncia a su pasado. Dice: “No me di la vuelta para ver el pueblo por última vez” (Colanzi, 88). Erróneo en pensar que todo frente a sí es borrón y cuenta nueva, el narrador martilla, de manera ocular, una evocativa palestra de terror: “Vi-mos kilómetros de árboles calcinados” [...] “un perezoso con la espalda quemada que se arrastraba por la carretera [...] un letrero que decía ‘Cristo viene’ y más adelante otro que decía ‘Hay pan y gasolina’” (Colanzi 88). La latente y no menos chocante yuxtaposición entre destrucción ambiental y los más ordinarios clisés, destaca la continuación e incremento del abuso que, creo, Tevi, desapercibido, no capta. En ese rudo paisaje sin nostalgia no hay invite utópico, sino el espectro del pasado carcomido por el presente. Ello concuerda con el particular agravio que, poco después, Tevi siente en la casa de la amante del caminero. La problemática de no soportar ser ignorado, de no ser <visto>, se hace simétrica cuando ninguno de los dos hijos “levantó los ojos cuando entramos”. (Colanzi 89). La tensión acrecenta al Tevi notar que “apenas se miraban, pero cada uno olía los movimientos del otro”. (Colanzi 89). La animalización con la que Tevi designa a los niños se consolida en el inhóspito paraje que descubre detrás de la casa. Es allí donde, bajo un sol inclemente, Tevi ve la poza de aguas calientes, al pulpo con el cachorro y a “unos pescados transparentes de esos a los que se le ve la tripa”. (Colanzi 90). Tan transparente su estado mental como las vísceras de los pescados; ya presa en las fauces del mataco—“el murmullo volvió a crecer en mi cabeza”— (Colanzi 90) Tevi, de vuelta a la casa, deja de referirse a sí mismo en singular. Autoreferirse en la primera persona del plural marca el momento en que la función de <ver> se centra en la mente poseída del personaje: “Cuando regresamos a la casa [...] los niños seguían jugando en el piso [...] Uno de ellos, el menor, era torpe y tenía la cabeza con forma de globo, dos veces más grande de lo normal. Nos extrañó no haberlo visto desde el principio: el chico era mongólico [...] Sacamos la piedra de la mochila y la pesamos con ambas manos [...] Hicimos el cálculo de la fuerza que necesitábamos para reventarlo [...] El hermano alzó la vista [...] Nos miró con curiosidad [...] Entonces se

abrió la puerta.” (Colanzi 91). La truculenta escena establece la enajenación, sea psíquica, sea pagana, de Tevi. Y connota de modo decisivo un espiral opresor bifurcado entre lo real y lo irracional. 5. Siguiendo en la trama, <ver> acentúa su rol de proveer claves narrativas relacionadas al poder. Insatisfecho el wikís con Tevi por éste no haber matado al niño—“el percance nos puso de mal humor”—(Colanzi 91), el mataco imputa al joven. “¿No eras vos el Vengador, el Mata Mata? [...] Tu corazón es como la hormiga, nada ve y solo sabe picar [...] Cuando tengas ojos para verlo, vos mismo lo verás” (Colanzi, 92). En este momento el mataco atornilla las presiones del hechizo y las emplea para arrinconar y abatir a su asesino. El aluvión de insultos surten su efecto. Manejado por la maligna astucia del wikís, Tevi, sintiéndose despreciado, se enfrenta a la amargura de sus circunstancias. O, en contraste, nada de esto sucede puesto que, en suma, a Tevi lo carcomen aglutinados arrepentimientos que lo empujan al suicidio. 6. Como es de esperarse, las funciones de <ver> a lo largo del cuento alcanzan su clímax al final. Los dos últimos párrafos revelan los siguientes diez momentos asociados con la visión: el anochecer, un semáforo, el tránsito, el gentío, los edificios, el brillo de la ciudad, una paloma sorprendida, la gente alrededor del accidente, darse con “el chango más hermoso que habíamos conocido en toda nuestra vida” (Colanzi, 92), y el intercambio óptico entre Tevi (el machaco) y Salvador, quien: “Nos miró con la boca abierta, con el puro asombro bailándole en los ojos” (Colanzi, 92).

La insistencia con <ver>, propongo, agrega a la acepción imaginaria de que, en efecto, algo excepcional y maravilloso ocurre. Tevi se entrega a la muerte porque en ella logra la ambición de su vida: un hombre bello a quien amar. La tramposa afección corona al rencor. La artimaña del indígena surte efecto en Tevi. El inicial deseo orientado hacia el mataco es canjeado por el ser conducido hasta “Salvador”. Vaticinar como hace el mataco que: “Cuando tengas ojos para verlo, vos mismo lo verás” (Colanzi 92)— encumbra al ardid. La trampa tendida por el wikís engatusa con éxito a su presa. Que el desagravio ocurra en el ámbito citadino proyecta, como remate del mataco, el salvajismo de los “civilizados”. Genial por irónico, el aborígen encamina a Tevi a Santa Cruz donde corrige su injuria. Tevi muere a través de una reflexiva estrategia del deseo. Si alguna vez deseó al mataco, ahora desea al bello “Salvador”. Esta vez, sin embargo, el muerto resulta ser él, quien en ninguna de las dos ocasiones obtiene placer. El mataco, por el contrario, mediante la disyuntiva

entre eros y tánatos logra *su* deseo de venganza. Eso, o la abrupta partida del joven es el resultado de un asesino abatido por sus propios demonios. Sea como sea, la interconexión entre quién impera—si la mente o el espíritu—expone el enredo moral que Tevi enfrenta.

De ahí, entonces, dentro de esa madeja temática por la cual abogo, “Chaco” algo se acerca al género policíaco. Al fin y al cabo, un sabueso—aquí aborígen—persigue al criminal con el propósito de restituir el orden social. Añádasele elementos de intriga con personajes resbaladizos de quienes no debemos fiarnos, infracciones de rectitud como la infidelidad, el chantaje, la codicia; así como pistas falsas, atentos de homicidio y muertes violentas para evidenciar el tufo policíaco que emana de aquel primer encuentro entre Tevi y el mataco, vía por la cual transita ese siniestro *fatum* de culpabilidad que impone sentencia de muerte.

© José Delgado Costa

Bibliografía:

Colanzi, Liliana. *Nuestro mundo muerto*. Ciudad de México: Almadía, 2016. Págs. 81-93.